

despertó en derredor , y Leona oyó por todas partes estas palabras: «¡Qué preciosa es la novia!... ¡Qué gracia y qué distinción!... ¡Mirad qué bien vestida está!... ¡Parece una reina!... ¡No se ven todos los días novias como ésta! »

¡Aquella que todos alababan así , era su hija !
 ¡Su hija , á quien todo el mundo envidiaba ! ¡Su hija , que acababa de entrar en una familia honrada , que llevaba un nombre respetado ! ¡La hija de la pobre Leona se llamaba la señora de Clairvaux !

¡Ah ! ¡ahora sí que no sentía haberse separado de ella , haberla educado en secreto , haberse escondido en la sombra para ponerla en la luz ! ¡Cuánto se alegraba de todos sus sacrificios !

Cuando Luisa pasó á su lado , la miró y sonrió. ¿La había visto ? Leona lo creyó , ó quiso creerlo , y entonces , completamente satisfecha , casi gozosa , orgullosa de aquel matrimonio , orgullosa de su hija , y orgullosa de sí misma por haber cumplido con sus deberes hasta el fin , se perdió entre la multitud , salió de la iglesia , y entró en su casa .

XIX.

La pobre madre esperó ansiosa y anhelante. ¿Vendría Luisa ? ¿Se lo permitiría su marido ? Ahora ya , como estaba casada , él podía disponerlo todo ; él era el amo. ¿Seguiría haciendo las concesiones que había hecho por la mañana ? Y aun cuando su marido se lo permitiera , ¿podría escaparse de casa de su padre político , sustraerse á las protestas y á las efusiones de sus parientes y amigos ? Tenía que partir aquella misma noche á las siete , y el tiempo la iba á faltar casi de seguro. Además , su amor , el ruido y el movimiento que había desde por la mañana á su alrededor , cosas que habían de aturdirle y

marearla, ¿la dejarían acordarse de su promesa?... Sí, sí; se acordaría; era seguro que en medio de su felicidad tendría piedad de su madre.

Entretanto, el tiempo pasaba, y acababan de dar las cuatro.

Lucía Aubré escuchaba atenta todos los ruidos, y se abalanzaba á la ventana en cuanto pasaba un carruaje por la puerta de la casa.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Si no vendrá!

.....

 Á las cuatro y media, un coche se detuvo bruscamente delante de la casa.

Leona abrió rápidamente la ventana; pero ya era tarde: la persona que había bajado acababa de entrar en el portal.

Entonces salió del salón, corrió á la escalera, y miró.

—¡Es ella! ¡Es ella!

Lucía Aubré bajó rápidamente los escalones que la separaban de su hija, la cogió de la mano, y, arrastrándola hasta su alcoba, cerró las puertas.

—Ya veis cómo he cumplido mi palabra (dijo Luísa). He querido dedicaros mi primera visita de casada.... Tenemos dos horas para estar juntas.... y para estar completamente libres hasta la

hora del tren: traigo ya puesto el vestido de viaje.

—Sí, sí; ya lo veo (dijo Leona, resplandeciente). ¡Qué hermosa estás así, y qué buena eres!

—Buena...., buena para darme gusto, pues no cesaba de pensar en este momento. ¡Tenía tanto deseo de veros!.... De verte,—añadió, sonriendo.

—¡Ah!....

—Pero ya no estaré ridícula como esta mañana.... Ya no tengo que temer por mi vestido ni por mis volantes de encaje.... Podremos abrazarnos á nuestro gusto.... ¿Quieres? Yo lo estoy deseando.

—Sí, sí quiero.... ¡Ah, hija adorada de mi alma!.... ¡Qué dichosa me haces!

Y cogiéndola entre sus brazos, la estrechó largo tiempo.

Luísa la devolvía con afán sus besos y sus caricias.

Encantada, exaltada, Leona no pudo menos de murmurar:

—¡Qué cambio se ha operado en ti!

—¿Sí, verdad?... Yo te lo explicaré: he rezado mucho esta mañana en la iglesia, y mientras salían de mis labios las oraciones con gran fervor, he oído una voz que me decía: «Ama á tu madre, que ella te ha sacrificado su vida».

Esta voz era la de mi corazón, y la he obedecido.

Leona no respondió; lloraba de alegría, con la felicidad retratada en los ojos y el agradecimiento en el alma.

Al cabo de algunos minutos, Lucía Aubré se sentó y atrajo á su hija sobre sus rodillas. La habló mucho, mucho, dándole los más sabios consejos y las más prudentes advertencias, queriendo prevenirla contra todos los peligros de la vida.

Su corazón de madre la dictaba ideas y expresiones que la más casta de las mujeres hubiera admirado.

Luisa la escuchaba atenta, conmovida y enteramente conquistada por aquel amor maternal sin límites.

—¡ Ah! ¡ Madre mía, te amo, te adoro! — exclamó la joven, dominada y con amorosa exaltación.

Leona no habló más. Lo había dicho todo, y había oído las únicas palabras que ambicionaba hacía tantos años. Estas palabras la hicieron entrever el cielo.

Madre é hija se miraron amorosamente, y, abrazándose, confundieron sus dos almas en una sola.....

.....
.....

A la seis de la tarde se separaron.

Entonces Leona, cuyos proyectos estaban concebidos hacía mucho tiempo, y que ya tenía hechos todos sus preparativos, dejó la habitación en que vivía y desapareció.

Todas las pesquisas del conde de Orchamps para encontrarla fueron inútiles.

La sombra no quiso ser un obstáculo á la luz.

FIN.